

EL BERSOLARI DE ALOÑAGA

(LEYENDA BASCONGADA)

En tiempos bastante remotos, pero de costumbres algo más puras que en nuestros días, había sobre la loma de la anteiglesia de Aloñaga una ermita, que por lo bonita, alegre y pintorescamente que se hallaba situada en lo más poético de la sierra de Aitzgorri, unido á la gran veneración que tenían los naturales á la artista celeste Santa Cecilia, bajo cuya advocación había sido erigida, era lugar de expediciones sin cuento y de las más principales romerías del país bascongado.

Si alguien ahora tuviese la curiosidad de visitar aquel emplazamiento, lo encontraría tan riente y poético como cuando en él se alzaba la esbelta capillita, pero de ésta no vería otro vestigio que un montón de ruinas cubiertas de yedra y madreselvas y de cuyas sendas y caminos de acceso enseñoreábase la maleza.

El pequeño templo en la época de nuestra narración ofrecía el aspecto de un edificio cuidadosamente entretenido. Sus paredes estaban interiormente llenas de asuntos del antiguo y nuevo testamento, que, aunque como pintura, hubiérase dicho bien coloreados, como arte dejaban mucho que desear.

Decoraban prolijamente la reducida nave rosetones, medallas y paneles tan recargados de oro, que cuando los rayos del sol reflejaban sobre ellos parecía que el santuario era presa de un incendio.

El único retablo adolecía del mismo defecto y todo él se hallaba cubierto de imágenes y lienzos de dudoso mérito. Si en sus detalles aquel oratorio merecía las más severas críticas de las personas de buen gusto, en su conjunto presentaba ese aspecto de lujo y riqueza que tenían antiguamente los templos del país euskaro.

La Santa ocupaba el puesto de honor sobre el tabernáculo del ya mencionado único altar; calzaba zapatos de oro macizo, regalo del *indiano* más rico de la comarca, y cubría su cuerpo un traje de brillante plata donado en suscripción entre los guipuzcoanos acaudalados de allende los mares.

La ermita era rica porque en los tiempos aquellos la fe y el dine-

ro abundaban más que en el día, y ningún hijo de esta tierra que emigraba á Ultramar dejaba de enviar, si le acompañaba la suerte, sus primeros ahorros á la familia y á la venerada imagen de su provincia.

Por eso Santa Cecilia de Aloñaga tenía fama de gozar de pingües rentas y sus romerías habían adquirido renombre universal.

Un día, uno de esos pobres bersolaris mendicantes que recorren los caseríos cantando improvisadas coplas, acompañadas con el sonido de usado violín que de un zurrón de cuero colgaba de su espalda, entró en la ermita á rogar á la patrona de los músicos que le librara de su triste suerte y se apiadara de su miseria.

Como nada podía ofrecerla, y pareciéndole irreverente entonar sus cánticos en aquel sitio, ejecutó en el violín una tierna melodía, pero tan triste y sentimental, que interpretó mejor que palabra alguna la mísera condición del errante músico. Sin duda aquellos desgarradores acentos que vibraban en las cuerdas del instrumento cual ayes de la desesperación, hallaron eco en el corazón de la artista Santa, la que conmovida y enterneciéndose con los suspiros exhalados en su predilecto arte, y ante el asombro y la colosal sorpresa del bersolari, se inclinó hácia él y le dió uno de sus zapatos de oro.

Loco de alegría éste con el milagro, corrió presuroso á buscar al platero de la villa vecina, con objeto de venderle aquel pedazo de oro y realizar algún dinero con que atender por el momento á su miseria; mas el platero reconoció en aquella prenda el zapato de Santa Cecilia, y creyendo que el que se lo ofrecía lo habría robado, dió parte á la justicia y el infeliz bersolari fué encerrado en la cárcel.

Difícil, por no decir imposible, se hacía la prueba de su inocencia, por más que jurase y protestase de la realización del milagro; pero como éste no había tenido testigos, el pobre estuvo largo tiempo detenido aguardando á que el proceso terminase con una condena á presidio.

Su insistencia de todos los momentos para que le condujesen á presencia de la Santa á fin de que ésta con otro nuevo milagro probase su inocencia, y la excelente conducta que observaba en la prisión y sus buenos antecedentes, movieron al juez á acceder á la pretensión del bersolari, más bien con el deseo de complacerle por su comportamiento, que en la creencia de que se operase el milagro.

El infeliz mendigo, tembloroso y emocionado, se arrodilló humildemente á los piés de la Santa.

En el interior del santuario no se cabía; tal era la muchedumbre que, aguijoneada por la curiosidad, había acudido. Entonces el mísero, con voz conmovida, suplicó y rogó á su bienhechora, arrastrándose por los suelos entre sollozos y lágrimas, que demostrase á sus jueces que él no era ni un malvado ni un ladrón.

Los fieles, al oír el acento de sinceridad y dolor con que el bersolari á pronunciaba estas palabras, comenzaron á enternecerse, cuando con estupefacción general de los mismos, Santa Cecilia, como la anterior vez, se inclina sonriendo hácia el pobre acusado y le da su segundo zapato.

Ya no cabía duda, el milagro estaba patente, todos lo presenciaron, y aquella multitud, desbordándose fuera del templo, corría exhalada á contar por montes y valles el extraordinario suceso.

En su delirio levantaron en hombros al bersolari, y en triunfo le pasearon por las inmediatas villas, colmándole y agasajándole en todos términos.

Sin embargo de esto, los vecinos querían que los lujosos zapatos siguiera poseyéndolos la Santa, y para ello acordaron rescatarlos de manos del mendigo mediante corta y mezquina cantidad, que, dado el valor de aquellas prendas, era una burla.

Pero llegado el día de la gran solemnidad religiosa en la que los aloñenses iban á reintegrar á la sagrada imagen su calzado, se vió con sorpresa ó que los piés de ésta habían aumentado de volumen, ó los zapatos achicado en sus dimensiones, porque no hubo forma ni manera de que entraran en los piés de la Santa.

Convencidos por este hecho de que los deseos de Santa Cecilia eran que el pobre bersolari conservase los zapatos, se los volvieron á dar de buen grado para que hiciera con ellos lo que tuviese por conveniente.

El héroe de esta leyenda marchó á la capital para realizar, á cambio de sus joyas, unas cuantas onzas con que subvenir á sus necesidades y ponerse por algún tiempo á cubierto de la miseria.

Como recuerdo y agradecimiento de lo sucedido dejó á los piés de la Santa su viejo violín, y cuantos visitaban la ermita extrañaban ver aquel instrumento tendido en aquel lugar, en vez de hallarlo en brazos de la Santa, como parecía lógico por sus aficiones artísticas, hasta que un casero cualquiera de las inmediaciones les daba la explicación de la leyenda.

(1891)

